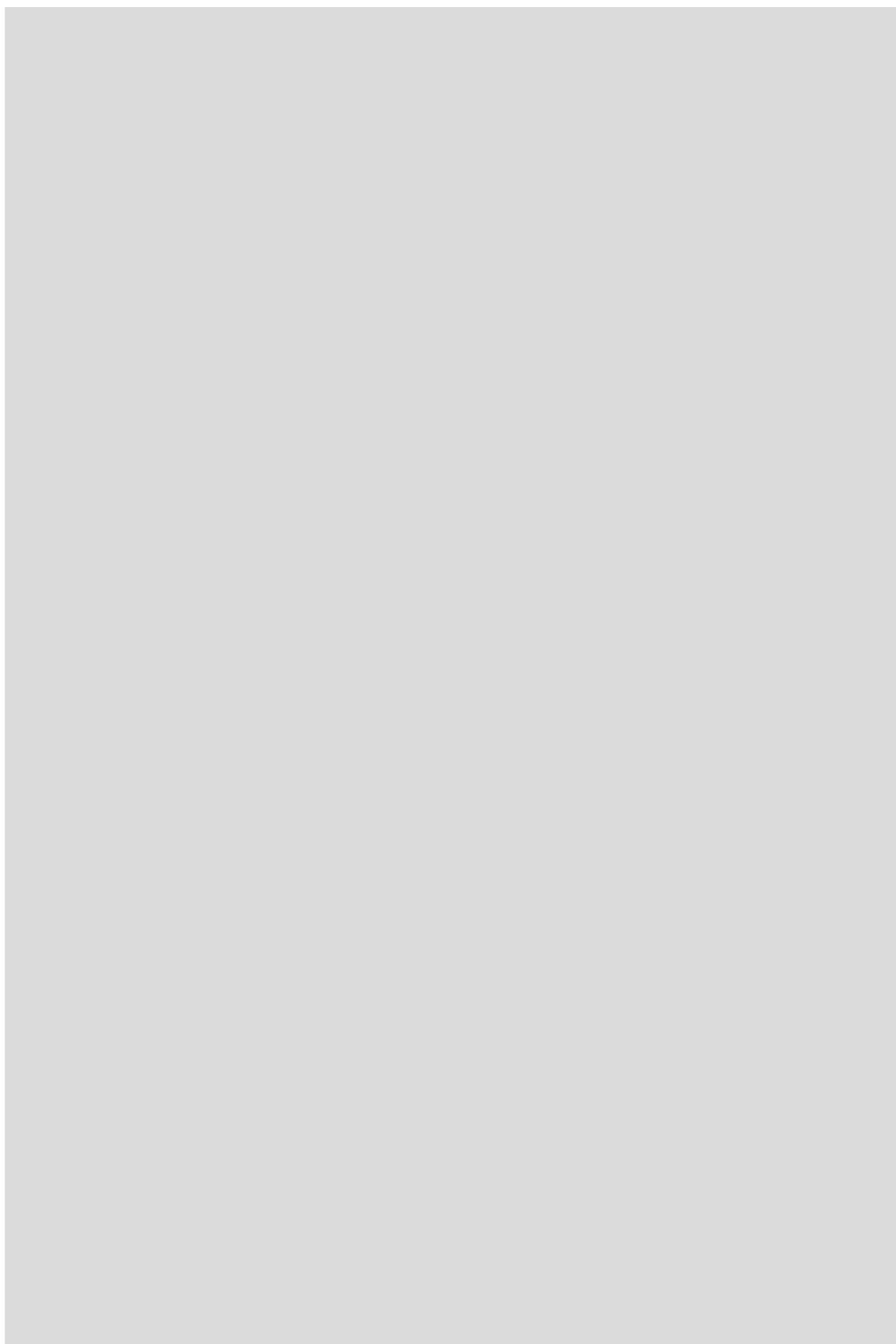


El camino olvidado

HUGO DAVILA QUILUMBANGO



Capítulo 1

Uno

Ángel recibió la amenaza en silencio. Con sus dos manos de peleador sujetaba el palo viejo de una escoba embarrada de grasa de cocina. Parecía un pajarito empapado que se protegía del aguacero debajo de la hoja de un árbol.

—Esta es la última vez que llega tarde señor Zambrano. La próxima, se queda sin trabajo— le dijo la dueña del restaurante, en presencia de todos sus compañeros, quienes, asustados por la situación, miraban como bobos para otros lados. Ángel no reaccionó, solo asintió con la cabeza dibujando una media sonrisa entre sus labios, como un niño pequeño que acababa de hacer una travesura. Igual que aquella vez, en la que fue sorprendido por una llamada de su vecina, quien le contaba con pelos y señales que Karla, su mujer, se llevaba con su amante todo el juego de electrodomésticos que días antes Ángel había comprado a crédito en cómodas cuotas mensuales. «Ahí verá qué hace Don Ángel» le dijo su vecina aquel día, pero Ángel no hizo nada, más bien siguió pagando con espantosa puntualidad las mensualidades de los electrodomésticos que nunca iba a usar.

Pero esa no era su única deuda, aún le quedaba mucho por pagar de su casa, que, para pesar de sus males, le quedaba muy lejos de su trabajo. Todas las mañanas Ángel atravesaba a pie un camino olvidado de tierra que le restaba casi media hora de su comprometido tiempo. A eso hay que añadir, que Ángel, a pesar de todo, disfrutaba mucho de perder el tiempo. Cuando sonaba el despertador por las mañanas, siempre decía: «cinco minutitos más», pero en realidad se tomaba veinte. Por más que se apresurara en el camino de tierra, siempre llegaba tarde. Muchos le sugirieron que se mudara a un sitio más cercano, para no tener que soportar los repetidos regaños de su jefa, pero siempre respondía como si fuera a contar un chiste: «Es que es casa propia». Aunque Ángel siempre llegaba tarde a todo lado, nunca se le vio arrepentido por ello. Con socarrona sonrisa decía: «No soy esclavo del tiempo», hasta que sintió el miedo helado de quedarse sin trabajo y endeudado por la locura que trae el amor no correspondido y el sueño siempre lejano de tener casa propia.

Dos

Por algunos días sí consiguió llegar temprano, para sorpresa de su jefa y sus amigos del trabajo, pero la alegría le duró poco. Ángel se despertaba apenas sonaba el despertador, sin dilación alguna ni quebrantos en su voluntad. Se anticipó al mundo media hora, lo que le significaba comer, dormir y despertarse mucho antes de lo habitual —y claro—salir de casa

más temprano para atravesar el camino olvidado de tierra cuando aún estaba oscuro.

Un amanecer, fue testigo directo de un acto de crueldad atroz. Mientras iba por el camino olvidado de tierra, cerca de él un auto se detuvo. Dos enormes hombres sacaron del auto el cuerpo inerte de una joven y la botaron al piso.

—¡No viste nada, hijo de la gran puta! — le dijo uno de ellos mientras le apuntaba con un arma.

Apenas el auto desapareció, Ángel se acercó a la mujer. Con cautela llevó su oreja hasta el pecho naciente de la joven para escuchar los débiles latidos de un corazón que lentamente se apagaba. Posó su mano cerca de su boca y sintió el vapor caliente, aunque débil, de su aliento. «Sigue viva» pensó. Escuchó unos pasos que se acercaban. Un hombre de mediana edad, mochila en brazos le preguntó:

—¿Qué le pasó?

—No sé. Dos tipos en un carro la dejaron botada. Ayúdeme a llevarle a un hospital.

El hombre miró su reloj y respondió:

—Yo le ayudaría, pero se me hace tarde al trabajo. Déjela no más, estas chicas mismas se lo buscan— y se fue.

Otra vez sintió unos pasos que se acercaban. Esta vez era una mujer, que al ver a la joven en el suelo le dijo:

—¡Qué bestialidad esta juventud!

—¿Me ayuda? — dijo Ángel mientras intentaba cargar a la joven.

—¡Bah! Pecado con rabo sería ayudarles a estas mojigatas ¿No ve que está vestida como puta? — y también se fue.

«¿Y ahora qué hago contigo?» le dijo a la joven que seguía en el piso. Miró su reloj, diez minutos habían pasado. Miró a la joven, vio cómo se esforzaba por respirar, vio como su vestido de fiesta acentuaba finamente sus caderas, vio su maquillaje exagerado, vio su cabello de oro iluminando el camino olvidado de tierra.

«Ahí te quedas» le dijo, y se fue.

Caminó por varios minutos sin dejar de ver su reloj. «Sí llego, sí llego» se decía mientras el paso apresurado le estaba creando un dolor en el talón

que se negó a sentir. «No te puedes quedar sin trabajo a estas alturas. No es tu problema, alguien le ayudará» y seguía caminando... y seguía mirando su reloj, que a cada vista parecía que los segundos y los minutos pasaban más rápido de lo acostumbrado. Pensó en las dos personas que se negaron a ayudarlo. Tal vez si hubieran cedido, ahora la joven estaría en el hospital y él muy cerca de su trabajo, pero no, prefirieron dejarlo sólo, pero eso ya no era su problema.

Cerca de terminar el camino olvidado de tierra, en las nacientes de la carretera principal, donde solía tomar un autobús, se detuvo. Llevó sus manos a la cintura y cerró los ojos. Aspiró profundo, pero eso no le sirvió para difuminar la culpa que sentía: "Tú no eres así" se dijo, y regresó.

Tres

No se animó a dejarla a su suerte en el servicio de emergencias y como su celular no dejaba de sonar, decidió apagarlo. En la recepción le hicieron un millón de preguntas. Él solo supo responder que la había encontrado en medio de un camino olvidado de tierra.

«No se vaya» le dijeron. Aguardó en la sala de espera con la angustia de saber si la chica se salvaría. «¿Por qué me pasan estas cosas?» pensó mirando al techo. Los minutos se hicieron horas y no había noticias de la joven. Prendió su celular. Un hombre de bata blanca se le acercó.

—Usted la trajo, ¿verdad?

—Sí Doctor.

—¿Conoce a algún familiar?

—No.

El doctor tomó aire y le dijo:

—Bueno, tomando en cuenta que usted la trajo y sabiendo que no hay ningún familiar cerca, puedo confiarle información sobre la paciente: La chica estaba muy grave. Su corazón estaba muy débil. Fue drogada y ultrajada. Creo que la dosis que le dieron fue muy fuerte. Es nuestro deber informar de esto a la Policía, así que le ruego que no se vaya, porque...

Mientras el doctor seguía su explicación, la vibración de un mensaje de texto interrumpió la plática. Era su jefa: «Señor Zambrano, se acaba de quedar sin trabajo».

Ángel sufrió un leve mareo. Por momentos se le oscureció la vista. Apenas si se sentó. Guardó su celular en el bolsillo. Puso sus codos en las rodillas

y fijó su mirada nuevamente en el piso:

—¿Me decía?

—Le decía que no puede irse aún. Es nuestro deber informar de esto a la Policía para que le tomen la versión...

—¿Esta viva? interrumpió Ángel.

—No. No sobrevivió. No se pudo hacer nada. Tal vez si la hubieran traído antes se hubiera salvado. En estos casos cada minuto cuenta... ¿Se encuentra bien?

Ángel lloraba. Intentaba hablar, pero las palabras se le apagaban al menor intento. Se halaba el cabello. Se ponía de pie. Caminaba. Se volvía a sentar. El médico intentó calmarlo, pero fue en vano. Una enfermera le aplicó un calmante.

Cuando se recuperó, dijo:

«Tanto tiempo perdido en el camino de tierra»